

## **Título: Como el aullido de una gaviota**

Lema: Clan-destino

Escucha este silencio, ¿lo oyes? Es un silencio denso, áspero y profundamente negro, como una lengua de gato que en la oscuridad roza la intimidad del párpado. El secreto de su tacto descansa sobre mi piel y se difumina lentamente por mi aliento hasta conquistar por completo el espacio de la habitación. Me despierta de los retazos de un sueño de niebla. Es el momento. Un perro aúlla a lo lejos para ahuyentar el frío de la noche. Un ladrido largo y ronco sosteniendo las hondas alturas de la oscuridad. Es una señal: tengo que hacerlo ahora, deprisa. El pequeño macuto descansa cerca de la puerta. Todo está dentro, todo está preparado. Tenemos que irnos, mi niña, pero no te preocupes, te llevaré pegada a mi pecho, cerca de mi corazón, oculta en esta cálida manta, y así los fantasmas de la noche no te podrán atrapar. No, ni a mí tampoco, pequeño renacuajo, mis fantasmas duermen ahora, saboreando el sueño ligero de la sangre. No podemos despertarles, no podemos, y por eso, saldremos del pueblo envueltas en este profundo silencio, escondiéndonos entre los pliegues de la noche.

Es muy importante. No puedes llorar, Marina, debes ser una niña buena, no debes llorar. En un momento doblaremos la esquina, tan sólo unos metros más, unos pocos instantes, y después saltaremos la pequeña valla. Luego, despacio, caminaremos entre los frutales y aspiraremos el aroma cansado que desprenden los manzanos cuando llega el invierno. No debes llorar, el llanto llegará luego, las lágrimas se esconden y se hacen fuertes en la certeza. Abandónalas allí, como yo lo hago. Marina, debes ser fuerte, como lo es tu madre. La niebla esconde el nervioso movimiento de mis pies, los pasos, debo mirar otra vez el pueblo, puede que por última vez. Grabar en mi memoria sus formas difuminadas por el blanco de la bruma nocturna, su iglesia chata y recogida en una esquina, nuestras casas, todas nuestras vidas, los recuerdos surgiendo como enemigos de humo del interior del reino indefinido de la niebla, para cobrar la forma precisa del dolor y del miedo.

Tu padre, Marina, nunca volvió. Fue de los que perdió la guerra. Era un buen hombre: don Ramón, mi padre y tu abuelo, lo llamaba el soñador experto, te imaginas, el soñador experto. Compartían ideología y la costumbre de leer y charlar; y fue por sus sueños, por sus ideas por los que se alistó y nos dejó tan solas. Entonces, en aquellos momentos, fue mi padre quien más luchó por convencerle de lo contrario. Deseaba, como siempre lo ha hecho, resguardarnos a todos con su potente voz de roble de la tormenta que asolaba el país, y más tarde protegernos frente a aquel clima insano que se instauró en nuestro pueblo, pero hay cosas en la vida que no se pueden evitar. Después de que tu padre, mi amor, se marchara aquel domingo de primavera de hace un año, tu abuelo permanecía las horas finales de la tarde, cuando la luz olvida su agotamiento en las ramas de los manzanos, y aún después, tras haber cerrado la farmacia, leyendo versos, frases perdidas, terribles noticias; para dejar las palabras más hermosas y tristes flotando en el aire vespertino temiendo ya, antes de que todo empezara, el terrible desarrollo de los acontecimientos.

Mira pequeña, ya hemos llegado al río. ¿No escuchas la canción que baja de las montañas? El miedo me hace temblar como la vela incierta en el centro de un largo y estrecho pasillo. El agua está fría y clara como un cristal recién limpio. Su caricia despierta en mí las más vivas sensaciones. La corriente me arrastra, me mueve,

tropiezo, y en un descuido se me caen los zapatos, flotan moviéndose despacio cerca de mí como si fueran dos peces traviosos que disfrutan riéndose del pescador antes de alejarse y perderse en la corriente. Ya estamos, colibrí, en la orilla, los zapatos, he perdido los zapatos, pero debo seguir. Me daría fuerzas ver la luna reflejada en los espejos nocturnos del agua, pero la niebla la mantiene oculta. Y tú me miras con tus dulces ojos azules, que brillan como estrellas solitarias en la noche, y parece que me preguntan qué ocurre, que por qué nos hemos parado y es en ellos donde atrapo la luz de luna que me impulsa hacia delante. Te abrazaré fuerte contra mi pecho. Sé que debo andar, correr, escapar de este valle que ya conoce tan bien la muerte, antes de que llegue el alba, y salgan a por nosotras esos hombres de niebla. No temas, duerme, mi pequeña, no nos fallaré. Las piedras desgarrarán mi piel, contando con cada arañazo los pasos desnudos, pero no conseguirán que pierda un solo instante.

La historia que los hombres vamos construyendo es curiosa. Nosotros, en nuestro pueblo, en nuestro valle no escuchamos a lo largo de los años que duró la guerra ni un solo disparo, no vimos jamás un solo tanque, ni soldados cargando con la pesada carga de una escopeta. La vida, durante la contienda, no cambió, seguía el ritmo tranquilo de las estaciones, el rumbo que nos marca la naturaleza, pero después, cuando fuera acabó la guerra, allí, en el bosque, en nuestro pequeño mundo, comenzó la nuestra. El pueblo, tranquila y pequeña urbe rural de unos mil habitantes, punto neurálgico del valle y de las diez o doce aldeas que se extienden diseminadas a lo largo del río, está muy alejado de los centros de interés, y no es tampoco un lugar estratégico para cualquier opción militar y, por lo tanto, permanecemos muy aislados, salvo por las noticias que cortaban la respiración, y nos hacían temblar pensando en las cosas que ocurrían allá, a lo lejos, donde nuestros ojos no alcanzaban. Todos nos conocíamos. Todos sabíamos cuáles eran nuestros bandos y nuestras ideas. Tal vez ése fue el verdadero problema. Pero en aquellos primeros tiempos, mi pequeña flor, cuando la guerra acababa de comenzar, tu padre se marchó a combatir, dejándome embarazada y desgarrada por su partida. Nadie sabía lo que sucedería y todavía el pueblo, todos sus habitantes, formábamos las raíces y ramas de un gran árbol, de una gran familia.

He corrido por estos campos desde que soy una niña, he jugado en invierno y en primavera, he soñado inventos imposibles bajo estos cielos que ahora se ocultan cenicientos a la mirada. Recuerdo las manos blancas de mi hermana, el agua de un riachuelo, nuestro pelo revolviéndose con la brisa que baja fresca de las montañas. Percibo ahora que reposo, que mi cuerpo agotado se sostiene en un equilibrio frágil contra este árbol. Siento, mi pequeña, cómo el verde tierno de la hierba se mancha con la sangre que resbala de las heridas que tengo en los pies, y cómo el cansancio y el miedo de esta terrible huida se acumulan nerviosos en mis músculos, aferrándose con fuerza como una tenaza oxidada a un diente para luego explotar con cada paso nuevo, con cada movimiento. La niebla cubre la anatomía de los bosques con un manto de desconcierto. No reconozco los rincones que me deja ver esta bruma, transformando este valle tan conocido desde mi infancia en un inmenso sendero desconocido. Tengo que fijarme en cada detalle, mi pequeño gorrión, para que no nos perdamos, mi niña, para que no nos trague la noche como si fuera una boca inmensa llena de blancos y vaporosos dientes, para que el terror no pueda usar sus manos negras para jugar con nuestros cabellos.

Es difícil conocer a nadie, difícil comprender cómo la amistad se puede tornar en

desprecio. Es complicado reconocer en tu vecino y amigo al feroz animal en que se convierte cuando el poder es suyo. Recuerdo el instante preciso en que llegó la noticia. Habíamos perdido la guerra. Todas las razones y deseos se difuminaban entre la incertidumbre y el desasosiego. Parece un siglo, un momento inmenso que se mueve por los meses, creciendo y creciendo. Es posible que medir el tiempo en estas circunstancias, como lo hacemos habitualmente, resulte imposible. En realidad, puede que tan sólo hayan pasado dos meses, o quizás dos meses y medio desde aquella tarde en la que tú caíste enferma, y terminó la guerra. Era tarde, casi de noche, y salí de casa dejándote con Elena, para buscar a mi padre y encontrar algún remedio eficaz contra la impetuosa fiebre que te había acometido en el intervalo de unas pocas horas. Los nervios me hacían sudar, y corrí por la calle Mayor sin encontrarlo, ni en la farmacia, ni en casa del médico, donde echaba muchos días su partida de cartas. Las calles estaban vacías. No sabía qué pensar, llevábamos todo el día intentado recabar información, toda la familia, mi hermana, su marido, tú y yo, encerrados en la antigua villa de mis padres. Tu fiebre y el miedo me hicieron salir de casa en busca de respuestas.

Entré en la taberna, y allí estaban reunidos nuestros vecinos, todos aquellos cuyo bando había ganado la guerra, y, de repente, cortando sus espectrales susurros, salvajemente, sus ojos oscuros y feroces me miraron un instante que ocupó siglos, y después continuaron charlando, murmurando secretos inconfesables. Nunca olvidaré sus rostros, sus sonrisas, su terrible desprecio, y algo que en aquel momento no reconocí y más tarde he descubierto: la terrible conjunción de poder, envidia y miedo que convierten al ser humano en un pavoroso animal poseedor del mayor odio y la más sanguinaria y sórdida violencia. Juan Ramón, el hijo del Alcalde, que desde niño me pretendió, alegando siempre nuestra mayor altura económica y social, y que cuando me casé con tu padre, Marina, no pudo ni felicitarme y me contaron que lloró, se acercó tambaleándose por la cantidad de alcohol que llevaba trasegado, y masculló palabras rotas que salieron a medias de su boca, hilvanando una frase que me estremeció: “Perra, anda para tu casa que estamos de celebración, y aquí no pintas nada, Aspirinita, vuelve con el mierda de tu padre”. Varios de los presentes, personas que me habían visto crecer, tradicionales amigos de la familia, sencillamente le escucharon y se rieron. Únicamente se rieron. Soltaron una carcajada bestial que alimentó mi espanto. Les observé perpleja sin poder dar crédito a sus miradas, pero allí estaban: reales, certeras y dolorosas como un disparo en el estómago. Escalofríos de terror me recorrieron la espina dorsal como un centenar de ciempiés histéricos, y sin decir una palabra, sin ni siquiera abrir la boca, caminé hacia la puerta sin dejar de mirarles, conteniendo unas intensas náuseas, y salí de aquel lugar. Después, sin respirar, estremeciéndome como una niña helada, volví corriendo al calor de nuestra casa, mientras empezaba a llover, con el corazón temblando como los maizales una tarde de junio antes de que estalle la tormenta.

Me duele la memoria. Esos recónditos rincones donde atesoramos los recuerdos se iluminan y oscurecen con la misma intensidad y cadencia con la que la niebla se densifica y difumina. Es como un extraño dolor que camina por los paisajes interiores, al mismo ritmo con el que yo, tú y yo, escapamos en busca de un horizonte que deje atrás este bosque de niebla, este valle de terror y muerte. Me duelen los ojos de intentar averiguar las formas que nos rodean, de observar el blanco de la niebla entremezclándose con la pavorosa oscuridad, me duele la mirada de intentar averiguar el porqué de las distancias, y el sinuoso contorno del sendero que me lleve hasta el otro valle, donde vive la familia de mi prima.

La noche es muy larga, larga como un río sombrío que serpentea lento por un territorio desconocido. Debo seguir caminando y no perder la esperanza. Sabes, pequeña, tengo los pies destrozados; siento el calor como una plancha ardiendo en la planta de los pies. Cada nuevo paso es un suplicio de fuego. Pero no pararé, mi pequeña Marina. Ahí veo, a la izquierda, lo reconozco, es el peñón de Don Braulio, destacando con su forma de caballero del siglo XIX entre la bruma. Éste es el camino.

Durante dos semanas, la tensión se fue acumulando en los pilares de nuestra apacible comunidad, una cierta tranquilidad disfrazó el ambiente de normalidad, de vida cotidiana. Yo sabía que algo había cambiado, que un animal marchito esperaba el momento en el que florecer e infectarnos con sus negros frutos. Una noche, mucho más oscura que la de hoy, los hombres, aquellos que están hechos de niebla, llamaron a varias puertas del pueblo, fueron claros con las órdenes, fueron rápidos con los movimientos, y quien se resistió se llevó un culatazo en los dientes. Las matemáticas son una ciencia exacta, decía siempre mi padre: tres hombres fueron sacados de sus casas, tres disparos sonaron al alba.

El miedo adopta muchas formas y la más terrible de todas es el silencio. El espanto que germinó en los sueños del pueblo durante la noche, se convirtió al amanecer, y tras conocer quiénes fueron los destinatarios de los disparos, en un extraño distanciamiento, en un fenómeno enigmático donde la realidad se transformaba en una pesadilla inexplicable. Nuestra familia, mi padre, mi hermana y yo, no podíamos comprender cómo la gente no se levantaba contra aquellos cobardes. Mi padre, al enterarse, pequeña Marina, no pudo contener su rabia. Desayunó su habitual café solo, se afeitó, se vistió, y en vez de acudir a la farmacia, se dirigió a la casa del Alcalde. Le acompañé, temiendo por su salud, y la conversación que tuvieron, los gritos de consternación de mi padre, y la indiferencia y desprecio que le mostraron tanto el padre como el hijo, resuenan todavía en mi cabeza. Recuerdo nítidamente el tono, las súplicas, la terrible negativa y la simple amenaza, que como un eco maldito retumban una y otra vez en las paredes invisibles de mi mente,

-Tienes que parar esto, eran nuestros vecinos. Es horrible, antinatural, espeluznante.

-Dedícate a tus medicamentos, a tus pociones, a tus libros y poesías y no te pasará nada -masculló el Alcalde, con su bigote humedecido por la misma gomina que estiraba su pelo hacia atrás-, ni a ti, ni a tus hijas, ni a la nieta que tienes, ni al que está por llegar.

-Pero ése no es el problema, tienes que detener esto.

-Cállate, piojoso de mierda, o el próximo serás tú. Todos sabemos cómo piensas, todos sabemos de qué pie cojeas. Así que márchate a tu casa y cállate. Ahora mandamos nosotros, nuestra gente controla el país, y el que no piense como nosotros tendrá que callarse o lo pasará mal. Piénsalo, recapacita, tú no eres tonto, todavía puedes ser útil a esta nueva nación, a este nuevo pueblo con tus brebajes y medicamentos Así que, amigo farmacéutico te recomiendo que mantengas la boca cerrada -se frotó las manos como si tuviera frío y susurró-: tú y la basura de tu familia.

Mi padre le miró con una profunda tristeza, con una infinita melancolía que chocó, como la ola con la roca, contra el inmenso desprecio que Juan Ramón, el hijo del Alcalde, aquel hombre de treinta años que siempre me rondó, que siempre me halagó, el hijo del Alcalde, que durante muchos años, durante las horas lentas de muchos veranos

azules acudía con otros niños del pueblo a que mi padre le enseñara los frascos y les contara historias de inventores e invenciones, a que les abriera con sus palabras las puertas a un mundo que se extendía más allá del valle. Aquél que una noche en las fiestas, de hace ya cinco años, borracho de vino y amor, confesó que me amaba, y que lloró, según me dijeron, el día que me casé con tu padre. Marina, aquel viejo conocido miró con desprecio a mi padre y escupió, escurriendo la saliva entre sus dientes grises y sucios lanzando el esputo hasta el hueco entre los zapatos de mi padre y tu abuelo, mascullando: -Iros ya de aquí, joder.

Avergonzados por su comportamiento, asustados por sus palabras, volvimos a la Farmacia y no contamos a nadie lo sucedido. Esa tarde, un grupo de chavales rompió todos los cristales de la farmacia mientras mi padre leía poesía y yo te daba de mamar. Tu llanto era como lluvia lenta y pesada cuando él salió y aulló algo parecido, por la rabia contenida, a un: ¡Hijos de puta!

Huele a pinos, y aunque no los vea, intuyo que el pinar está cerca. Me tiemblan las piernas y los pies arden con el tacto de un hierro incandescente acariciando mi piel. Mi niña, no pararé hasta estar a salvo, hasta que nos encontremos fuera de peligro, y la injusticia sea un triste recuerdo que algún día vomitaré. Siempre me ha gustado el olor de los pinos, la resina fresca desprendiendo su aroma dulzón, y el sonido que emiten los árboles cuando llega la brisa hasta sus copas, como una ancestral canción que comenzó antes de que el invierno llegara a este valle, antes de que el odio inundara el aire, y anidara como una bandada de murciélagos enfermos en el corazón de los hombres. No temas, mi niña, no nos alcanzarán. Ya huele a pino.

Un miércoles, el marido de mi hermana no volvió. Esta vez no sonaron disparos, pero todo el pueblo sabía lo que había sucedido. A los dos hombres de nuestras vidas se los llevó, a uno la guerra, al otro el odio, el miedo al que piensa diferente. La cena, mi pequeña, fue triste. La noche fue triste, lloramos con las luces apagadas, lloramos por tu padre, por el marido de mi hermana, por nosotros, por todos nosotros. Mi hermana estaba embarazada de ocho meses, la criatura nunca conocería a su padre, lo mismo que tú. Sólo sabrías de ellos lo que nosotras os contáramos. Pero mi niña, ya sabrás cuando seas mayor que hay historias que a nadie le gusta contar, pero estate segura de que yo te las contaré, yo recordaré para ti la figura de tu padre, yo guardaré para tu memoria mi memoria, recordaré para ti cómo era nuestra vida antes de esta noche. Recordaré, también para ti, cómo era tu abuelo antes de que la noche finalmente le engullera.

Ayer domingo, como una pesadilla intensa, como un espejismo interminable cuando la mañana despertaba y el tímido sol invernal golpeaba suave contra el color gris granito del pueblo, se escucharon unos disparos y unos gritos que convocaban a los vecinos a la plaza. Te dejé durmiendo, y fuimos preocupados y espantados saliendo de casa como animales asustados y adormilados que dejan el calor de su madriguera.

En la plaza, estaban el Alcalde, Juan Ramón y otros cuatro chicos, todos amigos y compañeros de clase, todos personas con las que habíamos crecido, dispuestos en un semicírculo que se abría en la dirección en que los pocos habitantes íbamos llegando, y en el centro completamente amoratado, mi pequeña, con sangre que le goteaba negra de varios lados, estaba Diego González, el cartero. Todos sabíamos de sus ideas, pero todos conocíamos también su amistad, su risa franca y sonora que ya nunca se volverá a oír. Mi pequeña Marina, no se le distinguían los ojos de los golpes que había recibido, su cara era una masa informe y sanguinolenta. Mi padre, sin

dudarlo, sin vacilar un momento, corrió hasta donde se encontraba Diego, pero Juan Ramón, de una violenta y repentina patada, le apartó de su camino y lo derribó en el centro de la plaza, dejándole sin resuello. Nos miró, mi hermana empezó a llorar como si fuera una niña pequeña.

El Alcalde, satisfecho, gritó: -Aquí ya no se permitirán otras ideas que no sean las nuestras, todos pensaremos igual, todos queremos una misma nación, -aulló-, la queremos por las buenas o por las malas -gritó. Mi padre me sostuvo la mirada un segundo y no pudo evitar decir: -Pero, por favor, no digas idioteces, Nemesio, la diferencia enaltece al hombre, es en el respeto y en la solidaridad... Silencio. Un terrible y denso silencio. No dijo más, mi niña, se calló para siempre. Fue Rodrigo, un chico más joven que yo. Le disparó un tiro que le entró por el ojo izquierdo. Esa tarde, el Alcalde, borracho, diría: Por el ojo muere el pez, riéndose.

Le salió por la nuca salpicando el suelo con pequeños pedazos de cerebro. Rodrigo, un hombre, un niño al que mi padre hacía pocos años le había sanado de una fuerte gripe, un niño al que ayudó a quitarle algunos dientes. Aquel fue el que le mató, delante de todo el pueblo. Nadie, salvo nosotras, que corrimos desesperadas hacia él, dijo nada. El mayor de los silencios. Miraban sin ver nada. Sólo se oyeron unas palabras llenas de odio mientras otro de los muchachos, que había crecido conmigo, disparaba en la nuca a Diego, al pobre empleado de correos, al que hasta un par de semanas, antes de que tanto poder llegara a sus manos, antes de que el miedo, el odio y el atroz hambre humana por el sufrimiento y la muerte llegara al pueblo, consideraba uno de sus mejores amigos. Duerme, no llores porque yo llore. El viento aleja las lágrimas, y las convertirá en aullidos de silencio, no me escucharán allí abajo en el valle, ya que reverberan negras y profundas en el interior de mi tiempo y de mi vida, ya que suenan dentro, muy lejos. Pero, mi niña, ¿no lo sientes? Ya hemos salido del valle, descendemos, ¿no lo notas? En un par de horas abandonaremos los océanos de niebla de estos últimos tiempos.

La bruma parece que desarrolla su densidad para hacerse fuerte y desvanecer con su blancura los pilares enfermizos de la realidad, construyendo, si se fija uno bien, figuras que corren deslizándose furtivas por el borde de la mirada y rostros leves que me observan, que miran nuestra huida. Allí delante, Marina, está mi hermana, quizás pienses que estoy loca, pero sus dulces ojos me señalan, parece que me preguntan algo, con esa expresión de horror que vi por última vez en su mirada.

En el silencio de dolor que flotaba en la plaza, mi hermana gritaba, aullando como un lobo herido al que los cazadores han separado de su manada. Los llamó asesinos, perros, alimañas... y lanzó un amargo y ronco alarido. Juan Ramón se acercó a ella con sangre en los ojos, con la boca entreabierta y enseñando sus sucios dientes de fiera, despacio, lentamente, disfrutando de su poder; le encañonó con una enorme pistola de brillante níquel. Mi hermana gimió aterrorizada y susurró: -Por favor, no me mates ahora, espera un mes, deja que nazca mi niño. Y Juan Ramón, con una sonrisa triunfante en la boca, contestó: "No queremos rojos, y mucho menos hijos de rojos". Y disparó, brutal, a su tripa de embarazada. Mi hermana se aferró a su vientre entre lágrimas y se arrodilló entre gemidos de dolor y terror antes de recibir el tiro de gracia.

Un pedazo de mí se rompió. Muy dentro, algo crujió como un pálido hueso bajo la fuerza de la mandíbula del perro. Sé que jamás volveré a ser la misma, mi pequeña. Mi hermana yacía envuelta en sangre, pero el rojo se desvanecía delante de mis ojos como por el arte insalubre de un pincel caprichoso, por la destreza dolorosa de un pintor que va desdibujando, ebrio de furia, las posiciones imposibles de los cadáveres en medio de

la plaza, difuminando levemente la sustancia de la realidad, convirtiéndola en una pesadilla. Lentamente, todo se esfumó, la plaza se hizo niebla, yo, despacio como el valle que no despierta, me deshice en niebla.

Me han robado todo. Sólo me quedas tú. Me ha despertado tu llanto hambriento pidiendo comida. He vuelto a la vida en la mesa de madera de nuestra cocina, desnuda y sucia. Sé que me han violado mientras estaba desmayada. Si no hubiera sido por ti, nunca hubiera despertado, jamás. Nos han dejado vivos para que suframos, por eso teníamos que escapar, y, mi pequeña, tú y yo, hemos vencido a la noche y a la niebla. Ya clarea, y la niebla pierde su densidad, la ávida verdad de su tacto. En unos minutos, la mañana nos dará su claridad. Hemos escapado. El valle queda lejos. Lo hemos conseguido, el alba llenará de luz nuestros pasos, allí, a menos de quinientos metros veo la silueta de unas casas, el movimiento habitual del trabajo matutino. Si. Allí hay gente, la casa de mi prima debe ser una de éstas. No la reconozco, es la fatiga y el cansancio... debo haber caminado veinte kilómetros esta noche... la muerte me perseguía... los recuerdos ardiendo como llagas en la niebla, el laberinto y el valle... alguien dice algo...escucho voces...me llaman, dicen mi nombre... El horror se despierta, mi niña.

-Hombre, mira quién está aquí. Pobrecilla, has estado dando vueltas toda la noche, ja, toda la noche caminando para volver perdida hasta la puerta de tu maldita casa. Pobre imbecil.

Dolor sin alba atravesándome como el aullido de una gaviota traspasando la madrugada, como la mirada sombría del perro que yace con las tripas fuera en el borde de la carretera. Me atraviesa como una espada de niebla. No mi niña, no lo conseguimos. lo siento, lo siento tanto mi pequeña, ahora ya puedes llorar...